



## Bautismo de Jesús 2011

Tras haberse manifestado a los pobres en Navidad y a los magos, es decir, a los gentiles de la Tierra, en la Epifanía, hoy Jesús se manifiesta al pueblo de Israel en el acontecimiento del Bautismo, pero con un alcance universal. Al recibir el bautismo de parte de Juan Bautista, Jesús dirige a todos los hombres el anuncio de la misericordiosa condescendencia de Dios: en su búsqueda de comunión con la humanidad, Dios desciende hasta alcanzar al hombre allí donde los senderos tortuosos de la vida y sus pecados han podido conducirlo.

Juan el Bautista, profeta enviado por Dios para pedir la conversión en vistas del Reino que está para llegar, llama a todos a un decidido cambio de vida; como señal de un retorno a Dios capaz de originar una vida nueva, él practica un lavatorio en las aguas del Jordán, un bautismo de conversión «para que se les perdonaran los pecados» (Lc 3, 3). Atraídos por su predicación, «también los publicanos», es decir, los pecadores públicos, «vinieron a bautizarse» (Lc 3, 12). Pues bien, en esta fila de pecadores que se dirigen a Juan confesando sus propios pecados está Jesús, plenamente solidario con los pecadores, confundido entre ellos.

Es inaudito el hecho de que Jesús, aquel que está «sin pecado» y viene de Dios, se presente en medio de los pecadores y se ponga entre ellos para ir a recibir un bautismo en orden a la remisión de los pecados: pero esto es exactamente lo que ha sucedido en la historia.

Por ello, el hecho de que Jesús se haga bautizar causa la sorpresa de Juan el Bautista. Juan ha comprendido que Jesús es el «Cordero de Dios» sin mancha, dispuesto para ser ofrecido y, en consecuencia, no ve la necesidad del bautismo, que implica el arrepentimiento de los pecados, en su caso. De ahí que le diga: «Soy yo quien necesito que me bautices tú, ¿y tú acudes a mí?».

Sin embargo, Jesús sabe que debe hacerse bautizar y le dice al Bautista: «Ahora cede, pues de ese modo conviene que realicemos la justicia plena». ¿Qué significa «realizar la justicia plena»? La justicia tiene en la Biblia un significado más amplio del que nosotros le damos en la forma ordinaria de hablar.

Pablo nos hace comprender que Dios es «justo» porque «justifica», «hace justos» a los hombres que se confían a Él (cf. Rom 3,22-31 etc.). Jesús ha venido a propagar la justicia de Dios, que nos hace justos. Para propagarla, debe introducirse entre los pecadores y aceptar el tratamiento que ellos merecen. Jesús, inocente, debe sufrir en lugar de los pecadores en el plan de Dios, para hacerlos justos y cumplir así la justicia plena. Se trata de un misterio de amor, de solidaridad por amor. Jesús se solidariza con nosotros, pecadores, para abrimos el camino de la justificación, de la santidad.



Y justamente en el momento en que Jesús sale de aquel agua cargada con los pecados de la humanidad, «el Espíritu Santo bajó sobre él en forma corporal, como una paloma, y se oyó una voz del cielo: `Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco'». Así, mientras Jesús está en oración, es decir, a la escucha de la voz del Padre, se cumple la Escritura (cf Sal 22, 7; Gn 22, 1; Is 42, 1); o más profundamente aún, es como si Dios dijera a Jesús: «Te amo con un amor eterno porque ya de inmediato revelas mi rostro, mi misericordia para con los pecadores». Era difícil pensar que Dios amara a los pecadores, mas para que no hubiera dudas al respecto, Jesús nos lo ha mostrado con el primer gesto de su vida pública. Más aún, el acontecimiento de la inmersión de Jesús anticipa todo el sentido de su vida, misión y predicación, hasta la muerte.

En efecto, el bautismo es un rito que tiene un valor simbólico muy recio. El agua tiene un doble valor en la Biblia: puede ser el agua que destruye el mal o el agua que vivifica. Las aguas destruyeron todo el mundo pecador en el diluvio. Por otra parte, podemos ver cómo la lluvia fecunda la tierra y propaga la vida. El bautismo tiene este doble valor: significa la inmersión en las aguas que destruyeron el pecado y, por otra parte, el agua vivificante, el agua que hace vivir al «hombre nuevo», como dice Pablo. Así se cumple la justicia plena: queda eliminado el pecado y se comunica una vida de comunión con Dios. El agua simboliza, pues, por una parte, los sufrimientos y la muerte y, por otra, el don de la vida divina.

Jesús, al sumergirse en el agua para ser bautizado, manifiesta su intención de hacer frente a la muerte para vencer al pecado. Y al salir del agua, preanuncia la resurrección que seguirá a su pasión. Este momento glorioso de Jesús está atestiguado por el Espíritu y por la voz del Padre: «Jesús se bautizó, salió del agua y al punto se abrió el cielo y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y se posaba sobre él; se oyó una voz del cielo que decía: "Éste es mi Hijo querido, mi predilecto"».

En este acontecimiento se revela, por tanto, la Santísima Trinidad. Vemos aquí que Jesús es el Hijo predilecto del Padre, el Hijo en el que el Padre se complace. Y el Espíritu Santo viene sobre Él, para que pueda comunicarlo a todos los creyentes.

Nuestro bautismo se realiza «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» y nos introduce en la vida de amor de la Trinidad.

El profeta Isaías nos hace comprender mejor, en la primera lectura, las palabras que el Padre dirige a Jesús. «Este es mi Hijo querido, mi predilecto». El profeta fue inspirado por Dios para presentar un Siervo de Dios, que es al mismo tiempo su elegido, en el que se complace: «Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, a quien prefiero».

Jesús se hace siervo de Dios para llevar a cumplimiento el proyecto de Dios. En su existencia estará guiado y lleno del amor del Padre. Y su misión consiste en propagar el derecho, la justicia con mansedumbre y, al mismo tiempo, con firmeza. Estas dos actitudes van siempre juntas.



Isaías dice de este Siervo: «No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, el pabilo vacilante no lo apagará». Ésta es la mansedumbre propia de Jesús. Así describe el profeta por anticipado a Jesús, tolerante y humilde de corazón.

Por otra parte, el profeta manifiesta asimismo la firmeza de este Siervo: «Promoverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará, hasta implantar el derecho en la tierra». Ésta es la firmeza de Jesús, la firmeza con que hizo frente a su pasión. Jesús no se echó atrás, sino que marchó voluntariamente a Jerusalén, sabiendo que debía sufrir y morir allí. Cuando fue arrestado, impidió a sus discípulos que le defendieran: quería enfrentarse a la pasión, para establecer la justicia de Dios, que justifica y vivifica.

El profeta continúa: « Yo, el Señor, te he llamado para la justicia, te he tomado de la mano, te he formado y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones». Jesús se manifiesta en su bautismo como alianza del pueblo elegido y como luz de las naciones: es Aquél que vence al mal, a la muerte, y comunica una vida divina, una vida de comunión en el amor.

De la memoria del Bautismo de Jesús no puede menos de brotar una pregunta crucial para nosotros cristianos, sus discípulos: sumergidos en la muerte y resurrección de Cristo mediante el bautismo recibido (cfr Rom 6, 4-5), ¿estamos dispuestos a narrar a todos el amor misericordioso de Dios? ¿Somos capaces de testimoniar que lo único que Dios pide a cada ser humano es reconocer el propio pecado y aceptar que él lo arrope con su inexorable misericordia, o sea, con su Espíritu Santo? Jesús ha iniciado su ministerio entre los pecadores para revelarnos esto, y después, a lo largo de toda su vida, ha ofrecido a todos los que encontraba el anuncio del perdón de los pecados; incluso lo ha dejado a sus discípulos como tarea fundamental: «anunciar en su nombre a todas las naciones el perdón de los pecados» (cf. Lc 24, 4).